



IX

LA INTUICIÓN DE UNA JOVEN

(CONTINUACIÓN)

La pasión con que Enriqueta había pronunciado aquellas palabras, la había emocionado profundamente. Tuvo que sentarse; sus piernas temblaban. Francisco, de pie ante ella, la miraba, víctima de la sensación más amarga para el hombre de un temperamento débil y apasionado que no tiene el valor de la lealtad ni el de las traiciones sin remordimientos. Vea sufrir un corazón que era suyo, y que iba á mostrarse en la sinceridad ingénuo de su sufrimiento. Cuando esta dolorosa sensación viene de una mujer á la que ya no se ama, muchos amantes han retrocedido y aplazado una ruptura ardientemente deseada; y claro es que tratándose de una mujer á la que se ama y que sufre por nuestra causa, cuando la queja procede de la mujer idolatrada va á herir la fibra más íntima y sensible del corazón. Entonces ya no hay resolución ni razonamiento posibles que tengan poder contra la necesidad que sentimos de apaciguar aquel dolor, de secar aquellas lágrimas, de curar aquella sangrienta llaga cuya vista no podemos

soportar. Pasado un minuto ya Francisco estaba arrodillado ante su novia, oprimiéndole las manos en actitud suplicante.

—Cálmese usted, Enriqueta, si usted me ama. Me causa usted mucho mal. Me atormenta el pensar que por mi causa sufre usted. Comprenda usted que siempre la amo. Escuche usted mis palabras que salen del corazón, y respóndame del mismo modo... ¿Es mi marcha lo que le desespera? ¿Cree usted que á mí no me hace también sufrir? Tan cruel es la pena que esta separación me produce, que no me decidiré á partir pensando en la que á usted le causo.

Y como ella no le respondiese nada, exclamó Francisco:

—¡Dios mío! ¡No me responde!

Enriqueta seguía trémula. Olvidando Francisco sus reflexiones y su martirio de la víspera, olvidando sus recientes culpas y la certeza de sus faltas próximas, sólo para buscar la posibilidad de encender de nuevo en aquellas pupilas un relámpago de alegría, repuso:

—¿Quiere usted que no me marche? ¿Que me quede aquí hasta la fecha que habíamos fijado? Después de todo, yo no estoy enfermo, no lo estaré. Para verla á usted feliz y sonriente como en otro tiempo recobraré toda mi salud y toda mi energía. Si esto es lo que usted quiere pedirme, pronuncie una sola palabra y me quedo. Pero no tiemble usted... no sufra más.

Había el joven hablado, no con todo su corazón, como había dicho, sino con lo más humano y lo más

noble del mismo. Espontánea, casi locamente, se había adelantado á la súplica que creyó leer en los labios de Enriqueta, labios delicados y temblorosos que le sonrieron. No sospechaba Francisco la respuesta que había de salir de ellos. Las dos manos de Enriqueta se separaron y oprimieron la cabeza de Francisco, inclinándose sobre él para con el vehemente ardor que las primeras penas de amor y el despertar de la pasión habían inflamado en su sér hasta allí tan armónicamente equilibrado. Un reconocimiento infinito inundó su semblante, emocionado por la prueba que recibía, y que en su candidez tomaba por signo de cariño. Después dijo:

—Gracias, Francisco mío. ¡Ah! ¡Qué peso me ha quitado usted de aquí!—Y señaló al corazón.—¡Qué bueno es usted para mí! ¡Cuánto me quiere! ¿No es verdad? ¿Al alejarse de mí no me oculta usted algo que no quiere usted que yo sepa?... Pero el doctor lo ha mandado, y partirá usted—insistió sonriendo de nuevo y con cierta coquetería.—No soy cobarde, y desde el momento en que la salud de usted lo exige, creeríame yo muy débil si no aceptase esa separación... Si creyó usted que yo pensaba retenerle á usted por egoísmo, se equivocó usted... No me hace tanto sufrir esa partida como el no saber el verdadero motivo... ¡Sobre todo, la duda es lo que más me mortifica! ¡Es tan horrible dudar de la persona á quien se ama!...

—Pues yo soy el que no la comprendo á usted ahora—interrumpió el joven.

Ante sus ojos aparecía la evidencia de que por el espíritu de Enriqueta habían atravesado sospechas.

Estremeci6se hasta lo m6s profundo de su s6r; pero no tuvo tiempo para indagar de qu6 clase de sospechas se trataba; porque la joven nunca le hab6a mentado, no hab6a empleado con 6l astucia alguna.

—Naturalmente, no me puede usted comprender —respondi6 a la interrupci6n de Francisco, sonriendo de nuevo.—Estuve loca, ahora comprendo que le he vuelto a usted a encontrar... S6... porque le he encontrado a usted... Lo que acaba usted de decirme, habl6ndome como me ha hablado, me ha llegado al coraz6n... La nube que entre los dos flotaba la ha disipado usted. ¡Es tan duro el pensar en un cambio en el s6r querido! En fin... yo sab6a que no me dec6a usted toda la verdad; pero ahora me explicar6 usted la raz6n de ocultarme lo que me ha ocultado, ¿no es verdad? As6 se desvanecer6 esa pesadilla... Tanto me ha atormentado durante estos 6ltimos d6as, que si usted se hubiera marchado sin que tuvi6ramos esta conversaci6n, no s6 lo que hubiera sido de m6. He sufrido mucho...

—¿Qu6 es preciso que le explique a usted?—dijo Francisco con voz temblorosa, y a6adi6:—Pregunte usted;—con una turbaci6n demasiado significativa para que la joven no sintiese desvanecerse de pronto el apasionado arranque que le hab6a tra6do la esperanza de un completo retorno a su antigua intimidad.

—Toda vez que me ama usted tanto—respondi6,— ¿no pod6a evitarme usted el dolor de preguntarle? ¡Es tan duro desconfiar!

Y con esa energ6a que los seres honrados encuentran siempre en los momentos dif6ciles, a6adi6:

—Es cierto que yo he desconfiado. He pasado el d6a de ayer mir6ndole a usted como jam6s le he mirado. ¡Tanto me excitaba la idea de que usted no era sincero conmigo! ¡El viernes me abandon6 usted de tal modo!... Volvi6 con una cara... que ment6a.

Su voz se hizo fuerte para pronunciar la palabra terrible y para continuar:

—¡Ah! Perd6neme usted, pero es preciso que se lo diga a usted todo... Mam6 ha hablado delante de usted de nuestra vecina... de esa se6ora Raffraye, madre de nuestra amigueta Adela... He cre6do notar que usted temblaba. Estaba en una de esas disposiciones de esp6ritu en que las menores cosas toman tama6o exorbitante. He quedado asombrada al ver que el nombre de esa mujer que usted no conoc6a le turbaba. No hubiera pensado en ello a no haberme encontrado esta ma6ana a Adelita con su ni6era... Me ha parecido que hu6a de m6, como si la se6ora Raffraye hubiera recomendado que su hija no hablase conmigo. Era una idea insensata. No s6 por qu6 he unido este detalle con la emoci6n que hab6a cre6do observar en usted... He visto a la ni6a jugando en el jard6n, y no he podido menos que bajar para hablarla... para saber... ¡Dios m6o! ¡Qu6 verg6enza!—a6adi6 Enriqueta oprim6ndose la frente con las manos.—S6... he bajado... la he hablado... y lo que me ha dicho ha acabado de excitarme, hasta el punto de provocar esta conversaci6n con usted en seguida... ¡Le suplico a usted que no me deje en esta angustia, Francisco! Cualquiera que sea la raz6n que usted ha tenido para ocultarnos a mam6 y a m6 que conoc6a usted a la se6ora Raffraye, que usted la ha auxiliado

en la ocasión que usted sabe, dígamela usted. Piense usted en que soy su prometida, en que voy á ser su mujer de usted, y en que tengo el derecho de saber cuanto con usted se relacione, como usted tiene el de saber cuanto á mí se refiera. Pero no le hablo á usted en nombre de ese derecho, sino en el de nuestro amor, de nuestra intimidad. Se lo repito á usted. He sufrido mucho al sospechar que usted me mentía.

A medida que Enriqueta hablaba con esta elocuencia que el amor presta á las palabras más sencillas, relatando la inocente historia de aquellas susceptibilidades y luchas dolorosas, aquellas perspicaces adivinaciones, podía verse que la palidez de la muerte invadía el rostro de Francisco, y que un invencible terror descomponía sus facciones alteradas ya desde días antes. Lo que más podía temer Francisco, el descubrimiento de una relaciones de cualquier clase con Paulina Raffraye se realizaba ahora. ¿Y quién había sido la causa de este descubrimiento tan peligroso para su dicha futura? Aquella niña inocente, abandonada por él desde tantos años, aquella graciosa y tierna niña, hija suya, cuya sola presencia le había conmovido y cuya sola vista le había apartado de la resolución seguida tan enérgicamente durante tanto tiempo. El pensamiento de que Adela fuese la causa inconsciente de aquel episodio decisivo en aquella tragedia, era el temor de la expiación fatal que aparecería á cada nuevo incidente. Y que esperaba hacía mucho tiempo.

¡Ah! ¡Y jamás como entonces! No; jamás como en aquel momento había Francisco sentido su impotencia para escapar de aquel pasado que volvía sobre él

siempre, como la marea vuelve sobre el desdichado al que ha cogido una vez, arrojándole cuando se levanta, envolviéndole cuando él huye, y cegándole de espuma cuando busca una roca en que apoyarse, y ensordeciendo sus gritos de socorro. ¿Fué la impresión de un inevitable destino la que paralizó en el joven la energía de esta última defensa? ¿Fué la mortal laxitud de la hipocresía que ante ciertas pruebas evidentes nos hace renunciar en pocos instantes al beneficio de largas é ingeniosas mentiras? ¿Fué el horror de engañar á un sér tan honrado, tan ideal, tan indefenso como Enriqueta acababa de mostrarse? ¿Fué la imposibilidad de defenderse sin mezclar á Paulina en esta defensa? ¿Fué, en fin, la evidencia de una catástrofe cierta en la que él podía por lo menos salvar, apelando á la franqueza el último resto de su honor? Lo cierto es que en vez de apelar á inútiles y degradantes protestas, Francisco respondió con voz sorda y breve:

—Es verdad que yo conocía á la persona de la que acaba usted de hablarme; es verdad que antes de ayer estaba en su cuarto socorriéndola, y es verdad también que se lo he debido decir á usted y á su madre... En cuanto á la razón por la que no lo he hecho... no insista usted en querer saberla. No se la daré á usted. No puedo decirla.

—¡No puede usted!—repitió Enriqueta... ¡Y ahora tiembla usted... palidece... tiene usted miedo! ¡Preciso es, pues, que esta razón sea muy grave! ¡Le toca á usted bien de cerca, á juzgar por el estado en que le veo! ¡Dios mío! Yo se lo suplico y usted, Francisco... Júreme usted al menos que no conocía usted á esa

persona antes de aquel día... que no la había usted encontrado otras veces... Júremelo usted... Le creeré á usted... No le preguntaré más... Todo lo soportaría... pero esta idea...

—Ya la he dicho á usted que no me es posible responderla—dijo el joven.

—¡De modo, que usted la conocía!—continuó Enriqueta... Ha llegado aquí; nosotras hemos hablado de ella en presencia de usted y usted ha guardado silencio... Nos hemos encontrado á su hija, he hablado de su madre con esta niña... y usted sin decir nada. Desde la llegada de esa mujer á Palermo usted ha cambiado... ¡Ah! ¡Dios mío!—continuó apretando sus manos con un gesto de desesperación.—Éviteme usted que sienta los celos...! ¡Esto es vergonzoso!

—Domínese usted, Enriqueta—interumpió el joven con espanto.—Se lo suplico... Oigo que su madre abre la puerta. Yo haré todo lo posible para hablar con usted, se lo prometo... ¡Pero, por favor... no delante de ella!

Aquel grito culpable con el que invitaba á la joven á ocultarse de su madre fué la última cobardía que Francisco tendría que reprocharse; mas precisa decir en su defensa que se encontraba física y moralmente al cabo de su fuerza, y que se sentía incapaz en aquel momento para eludir la fiscalización de la Condesa sobre la de su novia. No se había engañado. La señora Scilly entró. En la mano llevaba una carta que acababa de escribir.

Creía que Francisco y su hija estarían cada uno en su habitación como era regla general á aquella hora. Quedóse, pues, sorprendida de encontrarlos

el uno frente á la otra, silenciosos, visiblemente contrariados por su presencia, y bajo la emoción de su diálogo interrumpido. Nada había oído de sus últimas palabras, pero su actitud bastó para hacerla comprender que llegaba en un momento crítico. ¿Y qué motivo hubiese podido provocar aquella escena, sino una queja de Enriqueta por la marcha de Francisco? La señora Scilly, con toda su ternura, en su espíritu de madre amorosa imaginó un medio de atenuar el dolor de su hija.

—Veo—dijo—que no habéis sido prudentes, hijos míos. Hace solamente un cuarto de hora que he salido de aquí, y ya os veo disgustados. En castigo me tenéis que confesar. ¿De qué hablábais? ó por mejor decir, ¿cuál era el motivo de vuestra disputa? ¿No respondes, Enriqueta, y usted se calla también, Francisco? ¡Como si yo no hubiese ya adivinado lo que no os atrevéis á decirme! Tú, Enriqueta, hacías lo que el otro día te prohibí; no eras razonable y le reprochabas por su partida; y él te desesperaba y se desesperaba, y los dos sufríais... Quería daros una sorpresa,—continuó mostrando su carta.—Acabo de escribir á Girgenti, encargando reserven una habitación para el tres... ¿No comprendéis? Cuando he visto lo que os entristecía esa marcha he querido hablar al doctor Teresí, y efectivamente, esta mañana lo he hecho. Me ha dicho que usted, pobre Francisco, sufría, pero que en su sufrimiento entraba por mitad la imaginación. Teresí opina que un traslado sea donde sea bastará para reponerle á usted, y en lugar de dejarle á usted partir solo para París, nos vamos con usted á hacer por Sicilia ese viaje que el doctor me

permite. Iremos á Girganti, Catania, Taormina y Siracusa, y de esta manera llegaremos al veinte ó al veinticinco. Si esta combinación no alegra esas dos caras de entierro, es que sienten ustedes placer de hacerse sufrir mutuamente. Vamos... una sonrisa y que esto concluya.

Era demasiado fuerte el contraste entre el estado moral de los novios y el tono de franca amistad con que la Condesa formuló aquella proposición de viaje, que en otro tiempo constituía un secreto deseo, y del que después no habían querido hablar en consideración al estado de salud de la Condesa. Para Francisco, sobre todo, fué muy penoso el escuchar la proposición de la que le llamaba hijo suyo. De nuevo encontraba aquella cariñosa y tierna solicitud familiar que no le había abandonado desde hacía seis meses, como también encontraba todos los peligros de su situación presente en el exceso de sensibilidad nerviosa, con la que Enriqueta respondió á las dulces frases de su madre, frases que habían conmovido profundamente á la pobre joven aún enloquecida por el diálogo de momentos antes. Echóse á llorar y arrojóse en los brazos de la Condesa gritando con desesperación:

—¡Qué buena eres mamá y cuánto te quiero! pero no puedo soportar más tiempo este disgusto; soy desgraciada, muy desgraciada.

—¿Qué disgusto tienes?—dijo la madre,—¿muy desgraciada? ¿qué te pasa? ¿Francisco, qué le pasa? Y oprimía á su hija contra su corazón prodigándola las más tiernas palabras, hasta que, viendo que aquella crisis de lágrimas y de dolor amenazaba prolon-

garse dijo á Nayrac, obligando á Enriqueta á andar, más bien empujándola.

—Abra usted, voy á llevarla á su cuarto para que descanse un poco en su cama; usted me hará el favor de esperar.

Cuando hubo cerrado la puerta del salón que comunicaba con el cuarto de la señorita Scilly, el joven se dejó caer como vencido sobre una silla y reflexionó, apoyando el codo sobre la mesa donde tantas veces había contemplado á Enriqueta en actitud de escribir ó leer y con los dorados reflejos de su cabello rubio brillando el sol. Y ahora estaba en la habitación próxima, estrechándose contra el corazón de su madre y refiriéndola los sucesos que tanta desesperación la había causado; pocos minutos después la Condesa estaría delante de él y le interrogaría como Enriqueta lo había hecho; ¿que respondería? ¿Rehusaría por segunda vez una explicación ó imaginaria una nueva mentira? Podía decir que en otro tiempo había conocido á la señora Raffraye y que, considerándola como á una mujer poco recomendable, no había querido renovar sus relaciones con ella á fin, además, de que Paulina entrase en relación con la señora Scilly. ¿Acusaría así á Paulina, precisamente ahora que acababa de ser conmovido hasta el fondo de su ser por su grito de rebelión y de inocencia? ¿Pero esto bastaría para salvar la situación? ¿No debía añadir otra mentira á la primera? Preciso era, con efecto, explicar la razón de haberse encontrado en el cuarto de la enferma. ¡Qué cansado estaba Francisco de tanta mentira, de las cuales cada una traía otra nueva falsedad! ¡Qué cruel emoción sentía al pensar, so-

bre todo, que no doblaría aquel peligroso cabo, y que si lo doblaba sería para encontrar al otro lado la tempestad de su propio corazón! Desde que había tomado la resolución de partir, comprendió que la herida abierta en su alma, por la súbita revelación de la paternidad, no se cerraría por la distancia. También había sufrido mucho y muy amargamente ante la idea de que no volvería á ver á su hija, y uníase á este pesar el extraño remordimiento de la abrumadora protesta de inocencia de su antigua querida. Se dice, sin embargo, que en un corazón que ama, todo se borra, sí, todo: menos este amor. Francisco lo había creído también en otro tiempo, al principio de sus relaciones con Enriqueta. Y he aquí que en este instante en que él se preguntaba con angustia loca cómo iba á defender su amor, no podía impedir la lucha con otras emociones que no se conciliaban con este amor. Ante la evidencia de aquel desastre moral, sintió un invencible horror. Recordó que en el espacio de cuarenta y ocho horas había visto llorar con igual desesperación á la miserable cómplice de sus extravíos de otro tiempo, y á la virginal amiga de sus nuevos días, y oprimiéndose la frente con las manos gimió:—¡Sólo sé hacer sufrir!...

En malas condiciones se encontraría para disimular su situación cuando la Condesa volviese y le hiciera las inevitables preguntas que aclarasen las incoherencias de la última semana. La puerta del salón abrióse de nuevo. La señora Scilly se hallaba ante el joven, que levantó la cabeza para escuchar su voz siempre indulgente, aun en aquel momento.

— Enriqueta está más tranquila. He podido dejarla

sola .. ¡Cuánto tendría que regañarle á usted si no viese lo emocionado que está usted también! No me cansaré de repetirle á usted que trate de evitarla toda clase de penas... ¡Es mi hija tan sensible y tan débil! ¿Qué le ha dieho usted para que se ponga en tal estado?

— ¿No se lo ha [dicho á usted ella? — preguntó Francisco.

— No — respondió la madre. — Ni una palabra me ha dicho más que esta frase entre sollozos desgarradores:

— Todo ha terminado. ¡Dios mío!... ¡Todo ha terminado!

— ¿Qué es lo que ha terminado y por qué? le pregunté y entonces guardó silencio. Veía que hacía un esfuerzo sobrehumano para dominarse, y cuando la he dejado, todo su pensamiento era para usted. Me ha suplicado que nada le pregunte. . ¡Cuánto le quiere y cuán culpable sería usted si la hiciese desgraciada!

Así, pues, aun en aquel momento de pena la joven se había ocupado de él, y conforme le prometió, no había confiado aquel secreto á su madre. Y aquella madre ¡qué inagotable bondad y qué confianza le demostraba cuando tan poco las merecía! No albergaba la sospecha de una falta suya, y sin embargo, él era tan culpable!... había faltado al pacto de lealtad que entre ellos existía. La señora Scilly continuó:

— Vamos, Francisco; que no acabe el primer año de sus relaciones con semejantes escenas. Si hay entre ustedes alguna mala interpretación, es preciso que se aclare; es preciso, por mí también — añadió con

voz emocionada — ver á Enriqueta en el estado que la he dejado, y á usted en el que le encuentro, pronto me hará perder las fuerzas que aquí y junto á ustedes he recobrado; porque les veía, les sentía á ustedes felices. ¡Los quiero tanto á los dos! Les uno en una afección muy verdadera. Algún derecho tengo á su felicidad. Vamos... Confíese usted, — concluyó apretando la mano del joven.

— ¡Ah! ¡si pudiese!—exclamó Francisco con acento desgarrador.

Cuando nos ahoga el silencio largo tiempo contenido, una simpatía expresada con tal delicadeza nos conmueve profundamente. Se nos entra corazón adelante; y tenemos una tal necesidad de quejarnos, que este corazón se abre para recibir aquella piedad, y ya abierto, la confesión que queremos retener se escapa, como las lágrimas de los ojos, inevitablemente.

La exclamación lanzada por Francisco acabó de hacer comprender á la Condesa que no se trataba de amorosas querellas, cuyas penas pueriles hacen sonreír á las personas de la edad de la señora Scilly. No. Un drama íntimo que ella ni aun sospechaba se desarrollaba entre ellos.

Sentóse junto al joven, sin dejar su mano, pues comprendía en su instinto de mujer que él iba á declararle toda la verdad á condición de que ella recibiese el secreto con indulgencia.

— ¡Si usted pudiese! ¿Acaso no le quiero á usted como á un hijo? ¿No tengo para usted toda la ternura de una madre? ¡Pues también tendré toda la indulgencia de la misma! ¿Si estuviese aquí su madre, tendría usted esa arruga en la frente, esa tristeza en los

ojos, ese silencio en los labios y ese peso en el corazón? No. Le diría usted: madre, yo sufro; y ella le consolaría á usted y mitigaría su sufrimiento.

— No me hable usted de ese modo—dijo el joven levantándose y separando su mano de las de la Condesa. — Esto me hace mucho mal. Usted no sabe lo que me pide. Usted no conoce la naturaleza de estos secretos de cuya pena usted piensa consolarme. Déjeme usted marchar, huir de Palermo, huir de Enriqueta, huir de usted, huir de todo; es la única posibilidad que tengo para quedar como hombre de honor.

— No; — respondió la Condesa levantándose á su vez.—Usted no quedará como hombre de honor si no me habla con franqueza. También yo sufro mucho, y usted no puede dejarme con la inquietud que ha despertado en mí... Cuando usted me pidió la mano de Enriqueta, y yo se la concedí, recuerde con qué confianza y estimación acogí á usted. ¿Le pregunté á usted algo entonces? Estaba segura como lo estoy ahora de que de haber existido algún obstáculo que se opusiera al casamiento, usted me lo hubiera dicho. Si acaso ha sobrevenido un suceso capaz de arrancarle á usted exclamaciones como la que acaba de lanzar, debe usted declararlo hoy á la madre de su prometida. Nadie puede casarse cuando pesan sobre su conciencia secretos de dolorosa gravedad. Habla usted de honor; pues ese honor está en la franqueza, en la lealtad en determinados momentos y situaciones. Tengo derecho á reclamar de usted esa franqueza, y se la reclamo.

La Condesa había hablado con la autoridad de



una madre repentinamente herida en aquello que estima como más preciado: el porvenir de su hija.

Las insensatas palabras de Francisco la habían aterrorizado. El recuerdo que evocaba la señora Scilly de aquella conversación tenida seis meses antes, en la época en que le fué pedida su hija en matrimonio, repercutió en las fibras más delicadas del sentido moral del joven, cuya alma, obsesionada por contradictorios sentimientos, agonizando de incertidumbre, y atormentada por los remordimientos, revolvióse de pronto, como acontece en los caracteres en parte débiles y en parte nobles, en los que esas rápidas vueltas vienen á constituir un último orgullo.

Mientras la señora Scilly hablaba, Francisco paseaba por el salón. Detúvose de pronto y dijo tristemente:

— Tiene usted razón. El honor estriba en la franqueza, y hace un mes que estoy faltando á lo que el honor manda con usted y Enriqueta. Para no seguir faltando en lo sucesivo quería partir. Pero, es verdad: hoy no puede usted dejarme marchar, ni tampoco yo puedo marcharme. Acaba usted de hablarme de un día sagrado para mí; aquel en que pedí á usted la mano de Enriqueta. Pues bien; aquel día yo no falté á ese honor, porque la amaba. Ella me amaba también. Sentí palpar en mí todas las energías de la esperanza y del amor. Me creía libre para recomenzar mi vida.—Después añadió con visible y doloroso esfuerzo:—Pero no era libre.—Callóse y á un ademán de la señora Scilly continuó:— ¡Oh! ¡pero yo no hice traición ni abandoné á nadie, queriendo casarme. Crea usted que siempre me he respetado mucho,

y que he respetado también á su hija de usted para, en tan corto espacio de tiempo, haber pasado de un rompimiento á unas nuevas relaciones... Antes de conocer á Enriqueta, no abrigó mi corazón un solo sentimiento digno del nombre de amor. Sí... Amé apasionada y locamente á una mujer que no podía ser lealmente para mí. Había pasado mucho tiempo. Yo era sincero, bien sincero, creyéndome desligado de todo deber hacia ella. Sobre todo después de lo que me hizo sufrir.

—No continúe usted,—interrumpió la Condesa.— Es la historia eterna de la juventud. Contrajo usted un vínculo indigno de usted. Aquella mujer ha sabido que usted iba á casarse. Tenía en su poder cartas de usted. Le ha amenazado con enviármelas, con enviárselas á Enriqueta. Usted sabe la extremada sensibilidad de mi hija y me suponía muy severa. Tuvo usted miedo. Perdió usted la cabeza, y hubiera usted querido correr á París para rescatar sus cartas. ¿No es esto? Son las tristes debilidades de ustedes á los veinticinco años. Usted no tenía padres, y puesto que no existía un sér inocente que llevase el peso de aquella falta... Porque si hubiese existido una criatura, usted me lo hubiese dicho. Lo sé.

Y la noble señora afirmaba con una certeza que estaba muy lejos de sentir, porque había notado la angustia de Francisco al pronunciar estas palabras. El sacudió la cabeza melancólicamente y repuso:

—Si tuviese usted la bondad de evitarme el dolor de una confesión detallada, se lo agradecería á usted mucho. Pero puesto que he comenzado iré hasta el fin. Hay una criatura, una niña, de una mujer casa-

da... Ya ve usted cómo yo tenía razón cuando hace un momento la decía que usted no sospechaba la naturaleza del secreto cuya revelación me pedía. Vea usted ahora que no conoce usted ni conocía mi pasado. Para el mundo que vive en el elemento en que yo vivía, semejante aventura es sencilla y banal. Comprendo que las mentiras y traiciones que tal aventura supone, causen horror á una mujer tan santa como usted. Sin embargo, si yo pudiera contar á usted al detalle esos amores funestos con las amarguras, las desconfianzas, los horribles celos que han emponzoñado mi vida, las escenas que ocasionaron el rompimiento entre mi querida y yo, le juro á usted que lejos de condenarme se apiadaría de mí. Dudé de aquella mujer, y cuando llegué á adquirir la evidencia de que me hacía traición, la abandoné. Repito á usted que el tiempo había pasado sobre aquella pasión. No diré que la olvidé; pero lo que sí puedo asegurar es que creí terminado para siempre aquel amor...

—¡Acaba usted de decir que existe una niña!—interrumpió la condesa.

—Le he dicho á usted que dudé de la madre, y como dudé de ésta, dudé de la hija, ó por mejor decir, estaba persuadido de que yo no era su padre.

—¿Y ahora?

—Ahora... sé que lo soy.

—¿De manera que ha adquirido usted últimamente la prueba de esa paternidad?

—Hace algunas semanas.

—¿Entonces, ha sido aquí?

—Aquí.

—¿De modo que ha entrado usted de nuevo en relaciones con esa mujer?

—Sí.

—¿Y ha podido usted hacer eso?—exclamó la señora Scilly juntando las manos.—¡Aquí! Viviendo junto á nosotras; junto á mí que le he dado á usted lo que estimaba más caro en el mundo; aquí, junto á ese ángel de pureza que le ha dado á usted todo su corazón. ¡Pero en qué estado estaba usted para no comprender que en cuanto recibió usted la primera carta de esa mujer, debió usted hablarme!

—Es que ella no me ha escrito—dijo Francisco.

—¿Luego es que ha venido á Palermo? ¿Usted la ha visto?

—Sí—respondió.

—¿En este hotel?

—En este hotel.

Y se miraron un momento sin hablar más. El con ojos suplicantes como pidiéndole que adivinase lo que tan penoso le era decir; ella con el espanto de adivinar la verdad. La condesa fué la primera que rompió aquel cruel silencio.

—No—dijo;—no es posible; usted no hubiera dejado á Enriqueta hablar con esa niña como lo ha hecho si hubiera sido su hija de usted.

Y como Francisco bajaba la cabeza, exclamó:

—De modo que esa mujer es la señora Raffraye y esa niña es... ¡Ah! Desgraciada...

—Ahora lo sabe usted todo—respondió el joven,—y puede usted comprender mi agonía durante estas últimas semanas; cuando he visto el nombre de Paulina Raffraye en la lista de los extranjeros en el vestí-

bulo del hotel, he pensado volverme loco de terror, he creído que esa mujer venía aquí á interponerse entre Enriqueta y yo, para arrancarme á mis santos y puros amores en nombre de aquel triste pasado. Después de todo, ella había sido mi querida y yo la había abandonado brutalmente. Podría querer vengarse. ¡Tenía entonces la idea de hablar á usted como la hablo hoy, pero no me atreví! Me ha dicho usted hace un momento que yo la creía muy severa; es verdad; y sobre todo respeto á usted profundamente. ¡Me repugnaba tanto el solo pensamiento de contarle á usted la historia de este horrible adulterio! Después, cuando he visto que la señora Raffraye evitaba el encontrarse con ustedes, he comprendido que estaba en Palermo y en este hotel por una de esas inverosímiles casualidades que hacen creer en la fuerza del destino. Evidentemente ella sufría con ello tanto como yo. Juzgué inútil la confesión. Me sentía fuerte con mi amoroso culto por Enriqueta. Además, no había visto yo nunca á la niña nacida después de nuestra ruptura. Repito á usted que no me creí su padre, por más que no estuviese completamente seguro de ello. Pero, he aquí que un día he sabido por la misma Enriqueta que aquella niña, de la que yo nunca quise ocuparme á causa de la duda y de la horrible posibilidad, se parecía extraordinariamente á mi hermana. Piense usted si la noticia me habrá conmovido. He visto á esa niña, y he comprendido que era sangre mía. Ha sido una de esas poderosas revelaciones que invaden de golpe el corazón por entero. Recuerde usted que yo les abandoné á ustedes con pretexto de ir á la casa de banca. Me hice conducir

al jardín del hotel, en el que entré palpitante de curiosidad y desconfianza y del que salí convencido. ¡Era mi hija! Desde aquel momento he luchado, he luchado á fin de no volver á ver á aquella criatura por la que nada podía hacer. La he vuelto á ver, y quise ver á la madre. ¡Qué escena en la que he oído con una agonía de remordimientos que me enloqueció, hablar á la madre y protestar de su inocencia!... Si no fué culpable y yo la condené por falsas apariencias, ¿qué he hecho?, me pregunté; y aquella idea fué nuevo puñal hundido en mi corazón... Entonces me decidí á marchar, y hubiese partido, salvándome quizás, si el inevitable destino no hubiese querido que aquella misma mañana, y mientras nosotros estábamos en misa, Enriqueta hablase... ¿y con quién? Con Adelita que la reveló cándidamente mi presencia en el cuarto de su madre... Cuando hace un momento la he oído preguntarme por qué la había ocultado esta visita, cuando he visto que el instinto de su amor había comprendido mi turbación de los últimos días, cuando he observado que todas aquellas mentiras, todas aquellas luchas no habían impedido el encuentro fatal é irreparable entre mi pasado y mi presente, entre mi prometida adorada y la que usted llama también la desgraciada, perdí la fuerza para defenderme... Aún tuve valor de no mentir, rehusando responder... ¡Ah! ¡Señora! Ayúdeme usted ahora que conoce usted todas mis culpas y todos mis dolores. Que su cariño de madre impida por lo menos que el choque llegue á Enriqueta!...

—¡Ah! ¿Pero es que yo puedo?—respondió la señora Scilly con desesperación.—¿Qué le voy á res-

ponder cuando me pregunte? ¿Y usted no comprendió que su primer deber en semejante situación era tratar por todos los medios que su prometida lo ignorase? ¡Qué culpable ha sido usted! ¡Ah! ¡Pobre hija mía!

Mientras ella, tan decidida de ordinario, y tan dueña de sí misma, tan enérgica tratándose de cosas graves traducía con frases entrecortadas la agitación que le había producido aquella terrible y penosa confesión, notó que la fisonomía de Francisco se descomponía; que sus ojos se quedaban fijos y que le indicaba con la mano la causa de su espanto. La condesa volvió la cabeza hacia donde el joven señalaba, y vió que la puerta que separaba al salón de su cuarto se hallaba entreabierta. Acordóse perfectamente de que al entrar la había cerrado con el cuidado de una persona que se prepara á una confidencia grave. Enfrascados en la conversación y en las emociones que ésta le producía, habíanse olvidado de todo. ¿Qué mano había abierto la puerta durante su conversación que podía ser mortal para una persona en la que los dos pensaron, mirándose, pero sin decir su nombre. Por la mente de los dos cruzó el mismo triste presentimiento...

Enriqueta, para impedir acaso todo reproche de la condesa á Francisco, había llegado junto á la puerta, y al dar vuelta al picaporte, oyó la terrible confesión de su novio, y fué tal la impresión que le causaron, que se vió imposibilitada de dar un solo paso ni un solo grito. La madre inocente y el novio culpable, vieron la posibilidad de un trágico desenlace que les hizo temblar. Hay frases que matan con golpe tan

certero como la bala de una pistola ó la punta de un puñal. La más valerosa fué la pobre madre.

—Voy—dijo, y dirigióse á la puerta.

Abrióla con temblorosa mano, y vió la imagen del dolor, del espanto, casi de la locura en la joven que se apoyaba contra la pared paralizada de horror, incapaz de moverse ni de hablar, con la mirada extraviada, y la boca abierta. La condesa lanzó un grito, y cogiendo á su hija entre sus brazos la condujo á su cuarto, con fuerza centuplicada por el amor. En el primer momento Francisco no trató de seguirlas. Tal era su ansiedad, que quedó también como insensible. Después oyó ruido de timbres, de puertas abiertas y cerradas, de pasos rápidos. No recobró la plena convicción de lo que sucedía, hasta que vió entrar á la doncella agitada, buscando un frasco de sales.

—¿Qué pasa?—le preguntó.

—La señorita está muy mala, y Vicente ha ido corriendo á buscar al médico.

—¡Justo Dios!... ¡No había muerto!